

organizativo. Valois utiliza l'AF para realizar diferentes iniciativas para colegir a los productores, intentando desde allí traccionar público y legitimidad, pero no sateliza sus creaciones bajo la órbita de la organización, aún si esta, nos dice en su obra, saca rédito de sus éxitos. Intelectual y *entrepreneur*, *le Nouveau Siècle* y *le Faisceau* fueron vistos como una competencia directa tendiente a licuar el ascendiente de la AF. En síntesis, él no actuó con la fidelidad que entraña una *courroie de transmission*.

En la ruptura de fines de 1925 aparece toda la caterva de acusaciones que el disidente lanza a sus ex camaradas del nacionalismo integral. De manera muy sugestiva, Dard traza una línea que pondría a Valois en consonancia con otros disidentes (p. 23); las debilidades de l'AF como enclave activista son denunciadas por aquellos que rompen con ella, cuestionamiento que también apunta a acusar el esclerosamiento intelectual allí producido. La lista podría extenderse desde ya a la segunda mitad del siglo xx, y aunque cada caso revista dinámicas diferentes, tal inventario incluiría figuras como Pierre Boutang y *La Nation française*, Bertrand Renouvin y la NAF, en esa misma época las partidas hacia el neofascismo francés y el Frente nacional, las interminables fugas-depuraciones existentes bajo el control de Pierre Pujol-Pierre Juhel, hasta llegar a la expulsión de Thibaud Pierre a fines de la primera década de este siglo.

Las lecturas que puede recibir *L'homme contre l'argent* pueden ser sumamente prolíficas en tanto que objeto que permite extender la reflexión científica.

Humberto Cucchetti
CONICET
Universidad de Buenos Aires

DE LA GRANJA SAINZ, José Luis (coord.): *Indalecio Prieto. Socialismo, democracia y autonomía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, 245 pp., 23 ilustraciones en b/n.

Como explica el profesor De la Granja, este libro reúne las conferencias de las Jornadas sobre «Indalecio Prieto y el País Vasco», coordinadas por él y por el profesor Pedro Barruso, celebradas en Bilbao en febrero de 2012 con motivo del cincuentenario de su fallecimiento y organizadas por el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco y por la Sección de Historia de Eusko-ikaskuntza-Sociedad de Estudios Vascos, con la colaboración de las Fundaciones Pablo Iglesias, Indalecio Prieto, Juan de los Toyos y Ramón Rubial.

A mi entender, lo más destacable de este importante libro (de cuyas contribuciones, por razones de espacio, me limitaré a comentar las que me parecen más importantes) es el contraste entre la visión «canónica» de la idea y de la obra de Prieto (Oviedo, 1883-México D. F., 1962), quizá la figura más «amable» de la segunda generación de los socialistas españoles, y algunas de las contribuciones del libro que apuntan en sentido distinto. La interpretación «canónica» de la que hablo comienza ya con la breve semblanza de Prieto que hace el profesor de la Granja en el «Prólogo» de la obra y que invito al lector a leer porque es una buena síntesis del conjunto del volumen.

Juan Pablo Fusi escribe en este libro sobre «Prieto, Bilbao y el socialismo vasco». Para Fusi, el socialismo de Prieto nace, en primer lugar, de su experiencia de la miseria en un barrio suburbial de la capital vizcaína, adonde llegó con siete años; tuvo mucho de rebeldía contra una injusticia social vivida de una manera directa y extrema; en segundo término, su socialismo tuvo también mucho que ver con la cultura política liberal y democrática de la villa, sobre todo, en su insistencia, constante en toda su biografía política, en la necesidad

de una colaboración electoral casi permanente, en Bilbao y en España, entre socialistas y republicanos de izquierda; por último, Prieto interiorizó la cultura política de Bilbao, la ciudad símbolo del liberalismo por su resistencia a los sitios carlistas, ciudad definida por lo que Unamuno llamó su «conciencia liberal y española». Dicha conciencia impregnó decisivamente el liberalismo de Prieto y tuvo mucho que ver con la dimensión radicalmente española de su liberalismo. De hecho, Prieto veía en el socialismo el instrumento de transformación de España, la vía para la regeneración del país.

Aborda a continuación Fusi otro asunto bien conocido en la biografía de Prieto: su enfrentamiento con Facundo Perezagua (1860-1935), el primer líder obrero de Vizcaya. Perezagua, el fundador de la Agrupación Socialista de Bilbao, imprimió al PSOE vizcaíno una línea obrerista militante, sindicalista y opuesta a todo pacto con otras fuerzas de la izquierda, que fue la que predominó entre 1890 y 1910 (a la biografía de Perezagua se dedica en este libro el ensayo de José Antonio Pérez). Entre 1912 y 1915 se produce en Vizcaya un cambio de liderazgo y de estrategia: en las elecciones locales de 1915 ambos dirigentes se disputaron la concejalía del distrito más obrero y socialista de Bilbao, elección en la que Prieto venció a Perezagua. A partir de entonces, el «prietismo» definió al socialismo vizcaíno primero y vasco después (Pedro Barruso confirma en el libro el prietismo de los socialistas guipuzcoanos). Ese prietismo fue ante todo política de afirmación democrática y republicana y buscó siempre la colaboración electoral y política con los republicanos de izquierdas (Jon Penche estudia en su ensayo el republicanismo vasco).

Prieto contribuyó decisivamente a hacer del PSOE la vanguardia de la oposición democrática a la Monarquía de Alfonso XIII y, desde 1931, a que su partido fuera uno de los ejes de la II República. Diputado desde 1918, fue en las Cortes el portavoz

de la crítica socialista a la desastrosa guerra de Marruecos, significó desde 1923 la negativa a toda colaboración con la Dictadura de Primo de Rivera y su exigencia de que España se posicionase «o con el rey o contra el rey» le convirtió en uno de los hombres clave de la crisis española de 1930-1931. Fue también, junto con Azaña, la encarnación de la II República y uno de los inspiradores del Frente Popular. Fusi alude también a la política regeneracionista de Prieto como ministro de Obras Públicas en el primer bienio republicano y trata de su posición y de su papel en la búsqueda de una solución autonomista al problema vasco en el marco constitucional de una España republicana y democrática. En resumen, lo que Prieto y el prietismo encarnan en el socialismo vasco fue «sensibilidad democrática, apuesta por la República, alianza electoral republicano-socialista, no nacionalismo [más bien españolismo] y autonomía constitucional».

A continuación escribe Santos Juliá sobre «El legado de Prieto» y, al hacerlo, no se sale aparentemente del guión que hasta ahora conocemos; pero hace dos afirmaciones que hasta ahora no habíamos leído: el expreso reconocimiento por parte de Prieto del error que cometió participando en la fracasada revolución de octubre de 1934 y —lo que Juliá llama «el segundo y peor error político de su vida—, el rechazo a asumir el encargo de formar gobierno que Manuel Azaña le ofrecía en mayo de 1936 porque Prieto antepuso la unidad de su partido, en trance de escisión por el enfrentamiento entre prietistas y caballeristas.

Aurelio Martín Nájera escribe sobre Prieto como diputado por Bilbao y ministro de la Segunda República. Comienza refiriéndose al reparto de papeles que, con motivo de la aparición, después de las elecciones de febrero de 1918, de una Minoría Parlamentaria Socialista, formada por seis diputados, y después del XI Congreso del PSOE de ese año, hicieron, para sustituir a un Pablo Iglesias con la salud mermada, los componentes de la

segunda generación de dirigentes del socialismo español: así, de las tareas de dirección del Partido se encargaron Besteiro y Anguiano; de la UGT Largo Caballero; del periódico *El Socialista* Saborit y del Grupo Parlamentario Socialista Prieto.

El autor explica que sobre Prieto recaó la responsabilidad de las intervenciones políticas desde 1918 a 1923; muestra su postura contraria (minoritaria dentro del PSOE salvo en un primer momento) a la colaboración con la dictadura de Primo de Rivera, narra la participación, a título personal, de Prieto y Fernando de los Ríos en el llamado Pacto de San Sebastián, de 17 de agosto de 1930, punto de partida para un movimiento revolucionario pro republicano al que oficialmente se adhirieron el PSOE y la UGT en octubre, y el fracaso de la revolución de diciembre de 1930 que, sin embargo, fue el germen del futuro triunfo republicano-socialista en las elecciones municipales de 12 de abril de 1931 que trajeron la República.

El autor explica a continuación la gestión de Prieto como ministro, primero de Hacienda entre abril y diciembre de 1931, cargo en el que no se sintió a gusto; después, entre 1931 y 1933, como ministro de Obras Públicas, que le satisfaría mucho más. Prieto fijó claramente sus prioridades, siendo la principal las obras hidráulicas y el modo de paliar el paro obrero mediante un ambicioso programa de obras públicas. Entre sus realizaciones destaca el Plan Nacional de Obras Hidráulicas obra de Manuel Lorenzo Pardo, aprobado en 1933.

La siguiente colaboración es la del propio José Luis de la Granja, que es un análisis muy minucioso de una cuestión central para el País Vasco en los años treinta: la búsqueda de una solución para los afanes autonómicos de la gran mayoría de los vascos, que, como sabemos, venía de lejos (Antonio Rivera se refiere en este libro al problema durante la España de la Restauración) y que comenzó enfrentando radicalmente a las izquierdas y al PNV en 1931 para terminar con un buen

entendimiento entre ambas, representadas en primer término por Indalecio Prieto y José Antonio Aguirre, en 1936.

El autor hace un paralelismo entre las vidas de Prieto y Aguirre: a pesar de que pertenecían a una distinta generación (el primero era 21 mayor que el segundo) y eran de muy distinto origen social y geográfico, les unía su estrecha relación con Bilbao y, después de la guerra civil, una larga etapa en el exilio, donde morirían, Aguirre en París en 1960 y Prieto en México dos años después.

En 1930 Prieto y Aguirre no se encontraron en el Pacto de San Sebastián y, después de proclamada la República, fueron enemigos acérrimos por causa del proyecto de Estatuto vasco de Estella de 1931, que naufragó en septiembre de 1931 en las Cortes por su flagrante inconstitucionalidad, con el visto bueno de Prieto, mientras que, por su parte, las derechas abandonaron el hemiciclo en protesta por la aprobación en octubre del artículo 26 de la Constitución sobre las órdenes religiosas.

En 1932-1933 se abre una nueva etapa en la búsqueda de un camino hacia la autonomía del País Vasco. Las Comisiones Gestoras, de mayoría republicano-socialista, elaboraron en 1932 un nuevo proyecto que apoyó incondicionalmente el PNV, pero que se encontró con la oposición de Navarra. Además, entre octubre de 1932 y julio de 1933 volvieron a reproducirse los enfrentamientos entre nacionalistas y republicano-socialistas, de manera que el nuevo proyecto de Estatuto no fue aprobado por los Ayuntamientos vascongados hasta la asamblea de Vitoria de agosto de 1933. Este retraso supuso que cayese el Gobierno de Azaña y Alcalá-Zamora disolviese las Cortes Constituyentes sin que hubiese llegado a estas el Estatuto vasco. Se produjo entonces un nuevo desencuentro: el nuevo Gobierno, presidido por Diego Martínez Barrio, decidió convocar el referéndum autonómico para el 5 de noviembre de 1933, dos semanas antes de las elecciones generales. Dicha decisión

era una gran baza política para el PNV, que pensaba, con razón, que el éxito en el plebiscito favorecería a sus candidatos en las inmediatas elecciones generales, como así fue. Por la misma razón, socialistas y republicanos decidieron abstenerse en él. El resultado fue abrumadoramente favorable al Estatuto, aunque con una elevada abstención en Álava, y en las elecciones generales de la semana siguiente se confirmaron los deseos y temores de unos y otros. El PNV en solitario consiguió más escaños que nunca en su historia (doce), mientras que las izquierdas perdían siete de los nueve escaños logrados en Vasconia en 1931: solamente Prieto y Azaña eran elegidos por Bilbao.

En 1934 se produjo una nueva pero efímera aproximación entre las izquierdas y los nacionalistas, que duró muy poco. La revolución socialista de octubre de 1934, en la que participó Prieto y también la Generalitat catalana, no fue seguida por el PNV, que dio la consigna de absoluta abstención en movimiento de ninguna clase; a pesar de ello, y de que en noviembre la minoría parlamentaria del PNV otorgó su voto de confianza al Gobierno radical-cedista de Lerroux, la prensa de derechas no cesaba de atacar a los nacionalistas considerándoles «cómplices de la revolución».

1935 fue un año muy difícil tanto para Indalecio Prieto como para José Antonio Aguirre. El primero, desde el exilio, puso todo su afán en conseguir una nueva coalición de las izquierdas españolas, de acuerdo con Azaña e imponiéndose a su principal rival dentro del PSOE, Largo Caballero: fue por tanto el principal hacedor de lo que en 1936 se denominó el Frente Popular. En cuanto al PNV y a Aguirre, se encontraban aislados políticamente y sus dirigentes eran perfectamente conscientes de que, aun siendo el suyo un partido católico, nunca conseguirían el Estatuto de las derechas españolas (recuérdese el «antes una España roja que una España rota» de José Calvo Sotelo a fines

de 1935) y sí lo obtendrían con las izquierdas.

1936 es el año de la «entente cordial» entre el PNV y el Frente Popular. En las elecciones de febrero volvió a imponerse el PNV sobre la coalición izquierdista, pero por menor margen que en 1933. Indalecio Prieto cumplió la palabra dada en la campaña electoral e impuso dentro de su partido una línea política de elogios al Estatuto y de entendimiento con el PNV, que respondió de la misma manera. La Comisión de Estatutos de las Cortes reelaboró, siguiendo las ideas de Prieto, el texto del nuevo proyecto de Estatuto, haciéndolo más breve que el de las Comisiones Gestoras y similar al catalán de 1932, y así fue aceptado por Aguirre y su partido. Esta nueva realidad política explica que el 19 de julio de 1936 la dirección del PNV se inclinase en favor de la República y que en septiembre, siendo ya ministro del Gobierno Largo Caballero, Prieto pactase con los nacionalistas el ingreso de Irujo (el primer *jelkide* miembro de un Gobierno español) como ministro sin cartera en el Ejecutivo republicano a cambio de la inmediata aprobación del Estatuto, que las Cortes aprobaron por aclamación el 1 de octubre. Prieto y Aguirre, verdaderos «padres» de la autonomía vasca, negociaron la forma de elección del *lehendakabari* y de su Gobierno provisional (de coalición PNV/Frente Popular) en la coyuntura bélica, que no permitía la celebración de elecciones autonómicas. Prieto solamente se opuso, por considerarla anticonstitucional e impolítica, a la pretensión del PNV de incorporar a Navarra al Estatuto.

Durante la guerra se confirmó que la autonomía iba ser capitalizada más por el PNV que por el Frente Popular vasco. El Gobierno vasco concentró casi todos los poderes, convirtiendo el Estatuto de mínimos de 1936 en un Estatuto de máximos, creando un pequeño Estado y un oasis vasco, sin revolución social ni persecución religiosa, en flagrante contraste con el resto de la España republicana. Por

más que haya que señalar que siete de sus once Departamentos estaban en manos de consejeros del Frente Popular, los cuatro regentados por miembros del PNV controlaban los principales resortes del poder político, económico y militar. Otra muestra del papel hegemónico del PNV en el primer Gobierno vasco de la historia fue la adopción de los principales símbolos nacionalistas y la decisión de Aguirre, como consejero de Defensa, de asumir, en mayo de 1937, cuando las tropas franquistas ya estaban a las puertas de Bilbao, el mando militar del Ejército vasco, que solo tenía por encima a Prieto, entonces ministro de Defensa Nacional. El 19 de junio las tropas de Franco tomaron Bilbao, acontecimiento traumático para el Gobierno vasco, que tuvo que exiliarse, y para Prieto, que presentó inmediatamente su dimisión, que no le fue aceptada.

José Luis de la Granja concluye: «Como se ha visto, las relaciones entre José Antonio Aguirre e Indalecio Prieto atravesaron una importante evolución a lo largo del quinquenio republicano, que tuvo una fuerte incidencia en el proceso autonómico vasco (...). Por este y por otros motivos, considero a Aguirre y a Prieto no solo los máximos líderes de sus respectivos movimientos, sino también los políticos vascos más relevantes del siglo xx, con talla de estadistas, teniendo en cuenta su gran influencia en la política española (...) y su proyección internacional durante la Guerra Civil y el primer franquismo».

El siguiente ensayo trata de Indalecio Prieto como ministro de los Gobiernos de Largo Caballero y Negrín durante la Guerra Civil y se debe a Ricardo Miralles. Prieto se convirtió, sin ningún cargo gubernamental, en el principal consejero de José Giral, el fiel amigo de Azaña a quien este había nombrado Presidente del Gobierno el 19 de julio para sustituir a un Casares Quiroga desbordado por los acontecimientos. Fue Giral quien decidió armar al pueblo, lo que trajo consigo que, en muy poco tiempo, el poder del Estado republicano

se derrumbara por todas partes. Giral se vio obligado a ceder el poder al presidente de la UGT Francisco Largo Caballero, quien formaría un Gobierno de coalición con mayoría obrera, incluyendo a los comunistas y muy pronto, en noviembre, a los anarquistas. En aquel Gobierno había seis socialistas, tres nombrados por la UGT (Largo, Galarza y Álvarez del Vayo) y tres por la Comisión Ejecutiva del PSOE (Prieto, Negrín y De Gracia): continuaba, pues, la fractura dentro del campo socialista. Fue el primer Gobierno presidido por un líder obrero, y la primera vez que en una democracia occidental participaban los comunistas en la acción gubernamental. Prieto fue nombrado ministro de Marina y Aire.

La tarea principal del nuevo Gobierno fue la de crear un nuevo ejército a partir de los militares que habían permanecido fieles a la República y de las milicias armadas surgidas en los primeros momentos. Cuestión polémica es la de las relaciones con los comunistas durante el Gobierno Largo Caballero. Por un lado, parece demostrado que las relaciones de Prieto con los comunistas —y, sobre todo, con los asesores rusos que pronto llegaron a España— fueron correctas con los primeros (al menos hasta octubre de 1937) y buenas con los segundos. Por otro, los comunistas buscaron la unión de todos los partidos de raíz marxista. Largo Caballero se opuso a ello a pesar de las presiones de su fiel Luis Araquistáin, quien le dijo que, de no hacerlo él, «Rusia se irá tras Prieto»; y, efectivamente, Prieto se manifestó durante el verano de 1937 a favor de la fusión, argumentando que la única ayuda que el Gobierno podía recibir era la rusa. «En realidad, afirma Miralles, cabría decir que Indalecio Prieto, más que celebrarla, se resignaba a aquella unificación».

De todos modos, estos hechos nos dan una imagen de Prieto muy alejada de lo que habitualmente se dice de él. Lo confirma su papel en la crisis ministerial de mayo de 1937. Tras la pérdida militar de Málaga en febrero de 1937, Largo atacó a

los comunistas en el Consejo de Ministros, sin saber que ya para entonces se estaba configurando un grupo de oposición contra él formado por comunistas, anarquistas y socialistas, entre ellos Prieto. «Desde luego, afirma Miralles, fue Prieto, entre los socialistas, quien manejó la crisis de Gobierno, como queda probado por la resolución que la Ejecutiva del PSOE hizo pública explicando su posición ante la crisis y proponiendo a Prieto para dirigir la guerra». La crisis enemistó aún más a los dos dirigentes socialistas y se resolvió con el nombramiento del hasta entonces «socialista centrista» Juan Negrín como nuevo jefe de Gobierno y de Prieto como ministro de Defensa Nacional. A este propósito, Miralles se hace dos preguntas entrelazadas: por qué no se postuló Prieto, jefe de filas de la fracción centrista del PSOE, como nuevo jefe de Gobierno, y por qué el presidente Azaña no le eligió a él para presidir el Consejo de Ministros. Parece que la respuesta es que Azaña, que había propuesto a Prieto ser jefe de Gobierno en mayo de 1936, no quería una nueva negativa. Lo confirman las palabras de Prieto en el seno de la Ejecutiva socialista, que le informó de que había decidido pedir a Azaña que le nombrase a él primer ministro: Prieto declaró: «Todo menos eso (...) Me llevo mal con los comunistas, mis relaciones con la CNT tampoco son cordiales. Ellos [los comunistas] ya están lanzando el nombre de Negrín como sucesor de Caballero (...) Yo, decididamente, no quiero aceptar la presidencia en estas circunstancias ni aun contando con la benevolencia de Caballero que no tuve [en mayo de 1936], cuando pude haber sido presidente del Consejo y evitar quizá la catástrofe. Yo les aconsejo el nombre de Negrín». Desde luego, no es fácil entender la postura y la decisión de Prieto en esta crisis.

En su calidad de Ministro de Defensa Nacional, Prieto reorganizó el ejército republicano y creó el Estado Mayor Central con Vicente Rojo al frente del mismo, pero

Miralles no duda en calificar de «pésimos» los resultados en términos estrictamente militares. En 1937 se perdió no solo Bilbao, sino todo el frente norte, a pesar de los intentos de alivio que significaron las iniciativas republicanas de Brunete y Belchite.

En junio de 1937, al conocerse la pérdida de Bilbao, Prieto presentó su dimisión a Negrín, que no le fue aceptada; lo mismo ocurrió después de la derrota de Belchite, y Prieto aun tuvo que aceptar el nuevo fracaso de su contragolpe en Teruel entre diciembre de 1937 y enero de 1938. En medio de todas estas adversidades de carácter militar, durante el otoño-invierno de 1937-1938 volvió a surgir la crisis de carácter político, teniendo como protagonistas a Prieto y a los comunistas. Prieto no estaba dispuesto a transigir con la completa dominación del ejército por los comunistas, quienes contraatacaron criticando los reveses militares del ejército de la República bajo el mando de Prieto y pidiendo expresamente su salida del Gobierno. Así, el agente principal de la *Comintern* en España desde julio de 1937, Palmiro Togliatti, decía a sus superiores en carta de 10 de marzo de 1938: «[Prieto] quiere vencer a Franco, pero al mismo tiempo quiere vencer a los comunistas en el ejército. De ahí que pensemos que su trabajo representa un peligro para la guerra». Dicha situación coincidía con la derrota militar de Teruel y con el avance de las tropas de Franco hacia el Mediterráneo al sur del Ebro. En medio de esta gravísima situación militar los ministros se reunieron en Consejo con el presidente Azaña en Barcelona. Surgieron dos posturas opuestas: la encabezada por Prieto, consciente, como Azaña, de la extrema gravedad de la situación, y que se enteró de la sugerencia de una mediación francesa para acabar con la guerra; y la del resto de los ministros, salvo Giral e Irujo, y en primer lugar Negrín, que rechazaron el ofrecimiento francés. A ello se unió una manifestación, organizada por los comunistas, exigiendo el rechazo de todo compromiso y la

continuación de la lucha. Negrín aseguró compartir sus puntos de vista, mientras Prieto se tomó la manifestación como un ultraje personal. Negrín decidió prescindir del «derrotista» Prieto, aunque al parecer quiso mantenerle en el Gobierno pero en otro ministerio y Prieto se negó, con lo cual su amistad se rompió definitivamente.

En la decisión de Negrín, opina Miralles, contaron dos factores distintos: uno, su voluntad de dirigir él mismo una resistencia que ya muy pocos predicaban; el segundo, la presión de los comunistas y las críticas abiertas a Prieto de los delegados soviéticos para apartarlo de la dirección de la guerra. Lo confirman, entre otros, los testimonios de Togliatti y del presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio: «Se ha repetido lo de mayo, dijo este a Rodolfo Llopi; el PCE eliminó entonces a Caballero y ahora a Prieto».

Indalecio Prieto salió definitivamente del Gobierno de la República y siempre atribuyó su cese a «los rusos». La reorganización gubernamental del 6 de abril de 1938 debilitó a la República y rompió definitivamente la unidad interna socialista. Con la salida de Prieto del Gobierno, el segundo Ministerio de Negrín nació debilitado políticamente, con menor apoyo en los partidos, salvo el incondicional del PCE.

Ludger Mees (UPV/EHU) afronta en su ensayo el tema de la relación entre el nacionalismo vasco y Prieto en el exilio. Al comienzo, «el autonomismo republicano de Prieto no había sido un valor suficiente para lavar su imagen entre los nacionalistas, que seguían viendo a —Don Inda— más como un político españolista convencido que un socialista autonomista». Incluso el propio Aguirre quitó importancia a la labor de Prieto a favor de la autonomía vasca, describiendo al presidente de la Comisión de Estatutos [en 1936] como alguien que apoyó la autonomía porque no tuvo más remedio. Cabe añadir que, en estos primeros años del exilio, «Prieto tampoco hizo nada para corregir esta imagen. Al contrario, recogió este guante para

desarrollar un discurso nacionalista español que le sirvió para marcar su territorio en el conflicto que el PNV, liderado por Aguirre, había generado poco después del hundimiento definitivo de la República».

A mi entender, más que la postura de Prieto es este giro en la posición del PNV el que generó el conflicto. A partir de abril de 1939, el PNV optó por convertir la derrota militar en una oportunidad de futuro en la que ya no debía actuar condicionado por el vínculo con los demócratas españoles, sino plantear abiertamente la conquista de la autodeterminación para Euskadi. Para ello era necesario fortalecer el Gobierno vasco y transformar la heterogénea coalición de partidos que lo sustentaba en una especie de Frente Nacional, lo que significaba, en el caso concreto del PSOE, cortar el cordón umbilical que unía a los socialistas vascos con sus compañeros del resto de España.

A pesar de la debilidad orgánica de los socialistas vascos en aquel momento, Prieto inclinó todo su peso para que los socialistas vascos no aceptaran esa condición y lanzó el órdago de retirar a sus consejeros y su apoyo al Ejecutivo de Aguirre, quien no tuvo más remedio que recular y sustituir la estrategia de imposición elaborada por la dirección del PNV en el llamado «pleito de la obediencia vasca» y sustituirla por la búsqueda del consenso. En mayo de 1940 se firmó un nuevo programa de gobierno, en el que dicha exigencia quedaba aparcada, pero se hablaba de la «personalidad nacional» de Euskadi y de la «voluntad libre de los vascos a determinar su futuro», obviando cualquier referencia al marco constitucional republicano. Prieto no era partidario de dicho acuerdo y pronunció en México el «discurso —afirma Mees— que probablemente es (...) el más fervientemente nacionalista español de toda su vida política».

En el conflicto de la obediencia vasca, Prieto tuvo un protagonismo decisivo, en un momento en que el socialismo vasco estaba débil y desorganizado y la postura

del *lehendakari* estaba ganando adeptos, como era el caso del consejero socialista del Gobierno vasco Santiago Aznar, que acabó creando con un grupo de afines el Partido Socialista vasco, lo que supuso su expulsión del PSOE. Sorprende que, en este clima de tensiones políticas, se mantuviera una relación bastante fluida entre Prieto y los dirigentes nacionalistas vascos, que tenían un motivo adicional para «mimarle»: a través de la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), Prieto podía ayudar, y ayudó, en la evacuación de responsables políticos y sus familias de la Francia ocupada por los nazis, en el socorro de los colectivos en el exilio y en la ayuda a la Resistencia en el interior.

La expulsión de Aznar y la ruptura formal de los socialistas prietistas con el ejecutivo de Aguirre llevó a este a sustituir la confrontación por el consenso y la cooperación. El primer resultado de este giro fue el Pacto Bayona de 1945: en él había claras referencias al Estatuto vasco de 1936 y las Cortes republicanas que lo habían aprobado, sin que tampoco se dejara de hablar de «los deseos del Pueblo Vasco, que los expresará libremente» tras el restablecimiento de la democracia. En cuanto a la participación socialista en el Gobierno vasco, la mayoría de los socialistas del interior acabaron pasándose a las filas prietistas.

Durante los años del exilio, y hasta su muerte en 1962, Prieto protagonizó varias iniciativas para superar la división de los demócratas españoles y fortalecer así la oposición al régimen franquista, pero en todos los casos su esfuerzo quedó muy condicionado por su profunda animadversión a sus dos obsesiones particulares: Juan Negrín y los comunistas.

Un nuevo conflicto entre Prieto y los nacionalistas vascos estalló tres años más tarde, cuando el político socialista plasmó sus ideas con la fundación en noviembre de 1943 de la Junta Española de Liberación (JEL). El manifiesto fundacional era ambiguo: contenía claras alusiones a la Constitución de 1931 y los Estatutos de

Autonomía, pero al mismo tiempo incluía una cláusula sobre la fase transitoria constituyente, según la cual cada partido tenía libertad para defender sus propias ideas sobre la forma del nuevo régimen y abría así la puerta a la incorporación de otras fuerzas políticas, como los monárquicos opuestos a Franco. La JEL tuvo un éxito relativo: Prieto consiguió la adhesión de los socialistas afines, de los republicanos y de los sectores catalanistas moderados; pero se quedaron fuera los grupos más de izquierdas y el PNV. En carta a Telesforo Monzón, Aguirre sentenciaba: «Prieto ha demostrado ser una vez más un maniobrero hábil, pero no un político constructivo».

Inmediatamente, los partidos vascos de México, incluidos los socialistas fieles a Aznar, firmaron un manifiesto en el que rechazaban la restauración de la Monarquía, reiteraban su apoyo al Gobierno vasco como el representante institucional del pueblo vasco y defendían el derecho de autodeterminación de los pueblos del Estado español. No se mencionaban ni la Constitución de 1931 ni el Estatuto de 1936. Prieto reaccionó de forma fulminante, volviendo a su habitual españolismo. No por ello rompió todos los puentes de comunicación con el PNV. Como decía Aguirre, «una cosa es la amistad incluso con adversarios políticos y otra muy distinta la lucha política. Jamás pactamos con Prieto nada (...) Hoy en Euzkadi no hay lugar para el espíritu extraño de Prieto o de Franco, y sí solo para el espíritu nacional vasco». Por su parte, Prieto dio en público varias veces fe de su relación especial, sobre todo con Aguirre.

A partir de 1945 comienza una nueva fase en la política del exilio republicano y, en particular, de la actitud política de Aguirre y sus relaciones con Prieto. Aguirre se dio cuenta de la necesidad de superar la fase del nacionalismo radical, aislacionista y hegemónico y recuperar su talante pragmático y favorable a los acuerdos. Sus contactos internacionales le convencieron de que las grandes potencias occidentales

no estaban preocupadas por lo que pasaba en Bilbao, sino en Madrid. Conclusión: no se podía pretender solucionar el problema vasco sin haber previamente resuelto el problema español; era preciso configurar una sólida alternativa política al régimen franquista que lograra el apoyo de los grandes poderes de Occidente.

Desde entonces, Aguirre empezó a desarrollar una actividad frenética para acercar las posturas de las partes. Se entrevistó tanto con Negrín como con Prieto y, ante la evidencia de que ambos se consideraban incompatibles el uno con el otro, presentó un proyecto de «conciliación» que concluyó con la formación del Gabinete Giral de agosto de 1945, en el que Negrín renunció a entrar, pero donde sí estuvo la mano derecha de Aguirre, Manuel Irujo. Prieto adoptó una actitud muy reservada en este proceso en que tanto protagonismo tuvo Aguirre; no fue muy inesperada, por tanto, la caída del Gobierno Giral en febrero de 1947 ni la del que formó a continuación el socialista Rodolfo Llopis, que dimitió en agosto del mismo año. Como dice Mees, «fueron hechos bastante previsibles en la estrategia de un hombre que, por fin, tenía la vía libre para su particular iniciativa en la lucha contra la dictadura», la vía monárquica.

Aunque, en una polémica posterior, Aguirre hizo responsable a Prieto del fracaso de los citados Gobiernos, también se dio cuenta de que las potencias occidentales, y más concretamente Gran Bretaña, miraban desde hacía tiempo más a Franco que a los demócratas españoles del exilio. La célebre «Nota Tripartita» de marzo de 1946, con su referencia a la necesaria constitución de un gobierno de personalidades «patrióticas y de mentalidad liberal», se prestaba a una interpretación en la línea de Prieto. En esta situación, en el seno del PNV se generó un polémico debate sobre la estrategia a adoptar en el futuro; y, como siempre durante estos años del exilio, Aguirre fue quien marcó la dirección: la búsqueda de un equilibrio

casi imposible entre una postura solidaria con la República y un apoyo tácito, pero decidido, a la vía monárquica de Prieto. Aunque ya había mantenido contactos ocasionales con gente del entorno de don Juan, ahora mandó a Monzón activar esta vía de comunicación, y en septiembre de 1937 se adelantó a Prieto y presentó la siguiente propuesta: aprovechar la Conferencia de las democracias occidentales de París para reunir a una serie de personalidades españolas, entre ellas Prieto, Gil Robles y otros representantes monárquicos y militares sin concretar, con el fin de establecer una estrategia antifranquista compartida y avalada por las potencias occidentales. La iniciativa no cuajó, pero el *lebendakari* mantuvo su nueva estrategia aprovechando su manifiesto anual del 7 de octubre para hacer suyos todos los puntos esenciales del Plan Prieto. Siguieron, a lo largo de la primavera-otoño de 1938, una serie de negociaciones entre los nacionalistas vascos y Prieto, que llegaron a un alto grado de confluencia. Dichas negociaciones, y los esfuerzos políticos tanto de Aguirre como de Prieto se vieron seriamente afectados por la entrevista entre el pretendiente y Franco en el *Azor* en agosto de 1948. «Al final, escribe Mees, el voluntarismo de los dos líderes no surtió efecto».

En sus últimos años de vida en el exilio, los contactos entre Prieto y Aguirre disminuyeron, pero no el afecto mutuo. Como concluye Mees, «Aguirre y Prieto eran dos políticos de pura sangre que supieron proteger sus relaciones personales de las virulentas embestidas de la confrontación política. Lo consiguieron básicamente por dos razones: la primera, porque se necesitaban mutuamente para la realización de sus fines; y, la segunda, porque sabían domesticar sus pasiones identitarias y reivindicaciones políticas aplicando el corrector de una profunda convicción que compartían: la convicción del demócrata».

El libro concluye con unas páginas de Alonso Puerta, en las que informa de que la Fundación Indalecio Prieto fue creada

en 1985 por Concha Prieto, hija de «Don Inda», detalla la documentación que se conserva en el archivo de la Fundación (en conjunto, más de 200.000 documentos) y recuerda las principales iniciativas del líder socialista y de otros políticos españoles en el exilio en el proceso de la construcción de una Europa unida.

A modo de conclusión me gustaría hacer unas consideraciones sobre lo que al comienzo de esta reseña he llamado visión «canónica» de Prieto y los matices y rectificaciones que deben hacer que dicha visión se modifique. Me voy a centrar en dos puntos: Prieto como político democrata y liberal y Prieto como político de realidades.

Ya vimos cómo Santos Juliá consideraba uno de los dos grandes errores de la vida política de Prieto su participación en la revolución de octubre de 1934. Pero, ¿por qué habría de ser este un error, y no su participación también en la huelga general revolucionaria del verano de 1917 y en la sublevación pro republicana de 1930? Si se valoran los tres acontecimientos en términos de «utilidad política», los tres tuvieron consecuencias favorables para sus protagonistas. La huelga general revolucionaria de 1917 permitió la constitución, al año siguiente, de la Minoría Parlamentaria Socialista, y contribuyó grandemente a la crisis del sistema de la Restauración. La sublevación de 1930, abortada también, fue, sin embargo, el antecedente directo de la victoria republicana en abril de 1931. La revolución de octubre, al fin y al cabo, propició la constitución del Frente Popular y la victoria de este en las elecciones de febrero de 1936.

La cuestión está en saber si esos tres movimientos fueron buenos para la dinámica política de España en su conjunto. En ese sentido, y sin dejar de tener en cuenta la responsabilidad de «las derechas» (baste aquí con este término tan flexible) en la falta de sintonía con las reivindicaciones de gran parte de los ciudadanos, también hay que afirmar que las tensiones

revolucionarias (todas) no hicieron sino radicalizar las posturas políticas en la España del primer tercio del siglo xx y hacer imposible un desarrollo armónico del país hacia una democracia real e inclusiva.

La definición de Prieto como «político de realidades» se puede entender al menos en dos sentidos: su interés por la mejora concreta del ámbito en el que trabajaba y su capacidad para el «regate en corto», para urdir tácticas políticas que le permitieran conseguir los objetivos que buscaba. En este segundo sentido, creo que no se puede dejar de tener en cuenta que, aunque Prieto tenía, evidentemente, unos principios políticos a los que sirvió toda su vida, hay momentos de su carrera política que son claramente criticables desde el punto de vista de la ética política: ¿cómo entender, si no, su colaboración con los comunistas para sacar a Largo Caballero de la jefatura del Gobierno durante la guerra civil? El otro ejemplo que hay que traer a colación es su relación con los monárquicos ¿Cómo un socialista partidario siempre de la Conjunción con los republicanos pone en marcha en 1943 la JEL, aceptando la posibilidad de una vuelta de la Monarquía a España, él, el autor de la famosa frase «con el rey o contra el rey»?

Ludger Mees recoge un testimonio de José Antonio Aguirre de 1945 que hay que tener en cuenta para conocer la personalidad de Prieto y las razones más profundas de sus movimientos políticos. El *leben-dakari* no le negó su enorme capacidad de liderazgo: «arrastra, porque es batallador y surge siempre en los momentos de desorientación», pero no le veía capaz de «desempeñar ningún papel transcendental constructivo», porque solía sembrar polémicas y conflictos allá donde pasaba, incluso entre los suyos, pues por su egocentrismo «ha perturbado siempre con disputas y diferencias personales su propia organización». «Quizás por esto —así concluía Aguirre su reflexión sobre Indalecio Prieto— nunca ha sido indicado como Presidente del Consejo de Ministros por los

suyos a pesar de ser durante veinte años la figura reputada como de mayor talento por lo menos para el juego político entre los socialistas y los republicanos». Me parece que este testimonio de Aguirre tiene su parte de razón, aunque debe ser matizado porque, como sabemos, Prieto pudo ser jefe del Gobierno republicano en mayo de 1936 y tras la caída del Gobierno Caballero durante la guerra civil y él mismo no quiso aceptar el puesto que un Azaña siempre cercano a él le ofrecía para no fracturar más el PSOE, fractura de la que Prieto no fue ni el único ni el principal responsable.

En definitiva, estamos ante un libro que da muchas luces para entender mejor al que, con José Luis de la Granja, considero el político vasco más relevante, junto con José Antonio Aguirre, del siglo xx español.

Ignacio Olábarri
Universidad de Navarra

VOLODARSKY, Boris: *El caso Orlov. Los servicios secretos en la Guerra Civil Española.* Barcelona: Crítica, 2013, 578 pp.

Sin ningún tipo de dudas estamos ante un espectacular salto cualitativo y cuantitativo en el conocimiento de las relaciones hispano-soviéticas durante la Guerra Civil Española. Si hasta ahora las principales aportaciones de la historiografía nacional e internacional que habían analizado esta temática con rigor se habían situado en el papel de la Internacional Comunista, la ayuda militar soviética y las relaciones diplomáticas entre la República y el país de los soviets, ahora se les añaden, y por la puerta grande, los servicios secretos soviéticos.

Boris Volodarsky, sacando partido de su procedencia nacional y sus antiguas actividades dentro de los servicios militares, aunque a veces se les escapa la terminología *nacionales* o *alzamiento* a la hora de referirse al bando sublevado y la de *ruso* o *Rusia* para el caso país de los soviets,

no solo se adentra en un submundo difícil de reconstruir por su propia naturaleza —actuación de los servicios secretos de un Estado— y por el contexto en el que se desarrolla —una guerra civil y en un país extranjero—, sino que lo hace documentándolo con fuentes primarias. Explota con rigor y de forma amplia los fondos depositados en los ocho principales archivos rusos, excluyendo los del KGB por su blindaje a los investigadores, lo que le permite identificar con nombres y apellidos, funciones y disfunciones, a centenares y centenares de personajes y episodios que por fin podemos situar en su justa medida. Grigúlevich, Eitingion, Koltsov, Orlov o Serebriansky entre otros muchos. Al mismo tiempo, permite descuartizar sin contemplación las cábalas, suposiciones o memorias desfiguradas de antiguos miembros de esos servicios secretos, especialmente los casos de Krivitsky, el propio Orlov y Sudoplatov. Los fondos documentales rusos han sido complementados con los procedentes de diferentes archivos europeos, empezando por los británicos y acabando por los españoles, así como alguno americano, lo que permite seguir el rastro de diferentes protagonistas de la guerra de España más allá de las fronteras españolas, así como algunos de los movimientos con los servicios secretos de otros Estados.

El resultado final es una simbiosis entre la actividad de los servicios secretos soviéticos en plural, es decir, las cuatro grandes estructuras que participaron en la guerra de España, y una de las figuras de ese aparato, Orlov. El autor establece una hegemonía del primero respecto al segundo durante el análisis de la etapa comprendida entre agosto de 1936 y febrero de 1937. Pero a partir de esta última fecha es a la inversa, fruto del papel de Orlov como jefe de los servicios de espionaje político en España hasta su desertión en 1938.

La obra exprime las interpretaciones posibles que permiten la riqueza de esas fuentes. La desmitificación de la figura de Orlov es la primera gran aportación. Se